

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. RENÉ RAÚL DRUCKER COLÍN EN LA
ENTREGA DEL DOCTORADO HONORIS CAUSA POR LA
BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA**

MARZO 13, 2006

Antes de iniciar mi alocución, quisiera señalar que es para mi un gran honor que la BUAP me otorgue este reconocimiento. Estoy muy agradecido, pero sobre todo muy honrado de poderme colgar esta medalla. No voy a cantar.

El día de hoy me quiero permitir contarles una historia, la mía. No como repaso insulso de mi curriculum, sino como un intento de caracterizar una situación que aún hoy prevalece.

Yo nací en el seno de una familia de clase media. Mi padre era médico cardiólogo y mi madre ama de casa. Uno pensaría que por ser médico mi padre, y yo hijo único, las condiciones económicas debieran ser muy holgadas.

Desde hace mucho y repasando el pasado, me doy cuenta de la trascendencia que puede tener el ejemplo de un hombre digno con conciencia social. Recuerdo a mi padre como un hombre más interesado en servir que en tener, por eso en casa siempre había poco, no que faltara, pero había poco. Recuerdo cómo con frecuencia, mi padre traía a casa huevos, tamales y a veces hasta gallinas y yo escuchaba a mi madre decir “yo ya no quiero que traigas huevos y tamales, lo que quiero es que traigas dinero”, a lo cual mi padre ripostaba “mujer, es que la gente no tiene”. Tiempos aquellos los años 40’s y 50’s, difíciles para la gente, aunque quizás no tanto como hoy, lo cual señala que las cosas van peor, en lugar de mejor. Tanta lucha y poco futuro. Aprendí de mi padre el valor de la moral y la rectitud y el poco valor real del tener, aunque cuando falleció al cumplir yo 17 años, nos hubiera ayudado mucho que tuviéramos, pues nos dejó literalmente en la chilla. Pero como veremos, mi padre

me heredó algo más valioso que el dinero. Nos dejó el respeto. La dueña del edificio donde vivíamos, paciente de mi padre, obesa y diabética, al fallecer dejó en su testamento la obligación a su hermano de nunca subirnos la renta del departamento que le rentábamos. Si no fuera por eso, quién sabe qué destino hubiéramos tenido mi madre y yo. Poquitos meses después de muerto mi padre, terminé la prepa y tuve que trabajar para ayudar. Como no me agradaba mucho la escuela, sí me veía como un futuro magnate de no se que. Al tercer año de estar trabajando, un amigo ya bastante mayor que yo, en una tarde de libación, me contó cómo se le había escapado de sus manos la vida y que no tenía posibilidades con el sueldo que tenía (que era igual que el mío) de poder mantener a sus hijas para que fueran a la Universidad a prepararse mejor para afrontar el futuro. La historia larga de su vida que me contó, me quitó lo mareado que traía por los etílicos y me dije, si sigo por donde voy, ese seré yo a esa edad, me fui a mi casa y decidí cambiar el rumbo. Gracias amigo Deschamps, que así se llamaba este amigo veracruzano. Me inscribí a la UNAM y estudié con muchas dificultades, no por tonto, sino por recursos. Años pasaron con sueldos y becas miserables para lograr alcanzar una meta. Agradezco a mi padre haberme enseñado con el ejemplo, no pensar en tener, sino en hacer y lograr. Cuando regresé a México, ya con mi maestría empecé a trabajar con Raúl Hernández-Peón, a quien considero mi maestro. Fueron años muy difíciles (cuatro) pero aprendí mucho académico y algo práctico. Raúl Hernández-Peón decía hagan “x” y nosotros teníamos que resolver. Aprendí pues que dejar hacer era el mejor maestro. Durante mi estancia con Raúl Hernández-Peón, él me indicó que quería que fuera a UCLA a hacer el Doctorado. En febrero de 1968 me dijo “después de Semana Santa voy a arreglar para que te vayas al Doctorado”. ¿Y qué creen? Después de Semana Santa, un accidente automovilístico en la carretera de Acapulco cegó la vida de Raúl Hernández-Peón. Y ahí me tienen, sin padrino y sin arreglar para ir a UCLA. Yo tenía un amigo,

ya Profesor en la Universidad de Saskatchewan en Canadá, no era el lugar ideal, pero sí el único de momento para mí. Le hablé, me consiguió beca y me fui en junio a Canadá. Beca pobre, vida pobre y muchas anécdotas. Entre ellas, mi participación en manifestaciones contra la guerra de Vietnam e intervenciones anti-imperialistas, etc., que hicieron que no me otorgaran la visa para quedarme en Canadá y aceptar una oferta de Pos-Doc en Montreal, al concluir mi Doctorado a finales de 1970. Mi padre volvió a aparecer en el escenario, cuando regresé a México con mi Doctorado, literalmente con una mano por delante y otra por detrás, sin dinero y sin chamba real fui en busca de la renta de un departamento. Localicé uno que me satisfizo y cuando los dueños me señalaron que la renta era de 2,000 pesos más 3 meses de depósito, di las gracias, pues no podía cubrir eso, ya que ganaba \$ 585.00 pesos. Los dueños solicitaron mi nombre y al decirles René Drucker, me preguntaron sobre si el cardiólogo Drucker había sido algo mío. Les indiqué que había sido mi padre, a lo cual me manifestaron con un enorme entusiasmo que mi padre había sido su médico de familia, que había sido maravilloso, que les había ayudado muchísimo en tiempo difíciles, etc., etc., a lo cual prosiguió la oferta de que me quedara con el departamento y que les pagara sólo \$ 1,000 pesos de renta al mes, sin necesidad de depósito, etc., etc. Le di las gracias a mi padre, y a mi estrella, pues no sé cómo en toda esta gran ciudad había caído precisamente con esa familia.

No pude conseguir trabajo de investigador, a pesar de mi doctorado y un currículum vitae bastante digno. Nada en la UNAM, nada en el Seguro Social, para acabar pronto, nada en ningún lado, salvo en Neurología, donde logré percibir \$ 253 pesos mensuales y en la UNAM donde di clases por horas. No se rían...

Finalmente 9 meses después de mi regreso conseguí trabajo en el Instituto Miles de Terapéutica Experimental, empresa farmacéutica, donde debo decir hice varias publicaciones y en una de ellas en

particular mostré que podía extraer líquido de perfusión de un área del cerebro de un gato despierto e introducir este líquido en otro gato despierto e inducirle a éste sueño de inmediato, sugiriendo que durante la vigilia se acumula “algo” que induce sueño.

No me satisfizo el sitio donde laboraba, así que competí y gané un concurso para unos fondos de una fundación gringa y me fui a UCLA, ahora ya por mi cuenta, pero con el dinero de la Fundación. Me fue muy bien y me ofrecieron trabajo. En ese momento me hablaron de México para saber si estaba interesado en una plaza en la UNAM. De inmediato acepté y aquí estoy muy feliz de no haberme quedado en los Estados Unidos. Al llegar otra vez a la UNAM con plaza de Titular “A”, me dieron un laboratorio donde había un escritorio con una silla y una oficina para 2 estudiantes, también con escritorios y dos sillas. Con mucho esfuerzo y suerte conseguí equipo para trabajar y de 1974 a 1980 publiqué 36 trabajos, algunos buenos y algunos no tanto, pero mis trabajos me permitieron tener un reconocimiento internacional que me generó muchas invitaciones a dar seminarios en Estados Unidos y Europa. Durante esos años logré demostrar la importancia que tenían proteínas y péptidos en la regulación de la fase MOR de sueño, que en el fondo contribuyó a cambiar el concepto de que sólo los neurotransmisores ya conocidos eran los responsables de generar las diversas fases del sueño.

En 1980 gané la beca Guggenheim y me fui nuevamente a UCLA y estando ahí vi un anuncio que cambió bastante mi vida. Vi que un investigador de Washington, D.C. (NIH) iba a dar un seminario relacionado con trasplantes al cerebro y el Parkinson. Realmente me entró la curiosidad, pues no entendía cómo era eso de hacer trasplantes en cerebro. El investigador después de su seminario, me invitó a Washington. Fui pensando en quedarme un par de semanas para aprender, pero cuando vi lo fácil de la técnica, me quedé dos días, me regresé a UCLA y terminando mi estancia allá, elaboré una

estrategia sobre lo que iba a hacer en cuanto regresara a México. Seguí desde luego con el tema del sueño, pero además durante los siguientes 2 años hicimos varios experimentos de trasplantes y fuimos los primeros en el mundo que demostramos y publicamos que se podía quitar y poner con éxito el reloj biológico que está alojado en el piso del tercer ventrículo cerebral, en la base del cráneo. Del 81 al 86 mi grupo en Fisiología Celular era el único en México que hacía trasplantes. Un buen día un Neurocirujano de apellido Madrazo, se me acercó y me preguntó si podríamos hacer trasplantes en un enfermo con Parkinson. Le indiqué que por supuesto que sí y en 1986 trasplantamos a los primeros dos pacientes con un procedimiento que habíamos diseñado en mi laboratorio. El procedimiento fue exitoso y los resultados de los trasplantes se publicaron en el New England Journal of Medicine, trabajo que conmocionó al mundo, dado a que la noticia sobre el trabajo salió en primera plana del New York Times. Ese día de abril de 1987, cuando llegué a mi oficina había una multitud de periodistas nacionales y extranjeros.

Curioso efecto tiene en México la prensa extranjera, pues yo ya había hablado localmente sobre esta investigación y nadie le dio importancia alguna. Se requirió que la prensa extranjera dijera que esto era importante, para entonces ser reconocido aquí.

A partir de esa fecha y entre mucho fuego amigo, tuve la oportunidad de ser una figura pública y poder hablar sobre la falta de apoyo a la Ciencia en este país.

No quiero aburrirlos, pero hemos seguido trabajando en el problema de Parkinson y ahora con las células madre y tenemos resultados muy interesantes que podrían nuevamente cambiar algunos paradigmas. Pero no deseo describir esto, sino más bien señalar que desde aquel laboratorio vacío que me entregaron en 1974 a la fecha, los eventos me han permitido tener recursos (no todos los

que uno quisiera), pero suficientes y además condiciones para poder trabajar con éxito suficiente en los diversos proyectos de investigación, pero además esto me ha permitido estar en condiciones de procurar impulsar la actividad científica del país, o por lo menos señalar los desatinos de la política científica de esta nación y más triste aún, el poco interés y la ignorancia a veces supina de la clase política, sobre la importancia de la ciencia y la tecnología como palanca para el desarrollo real del país. El sistema que impera hoy está más bien diseñado para fastidiar, en lugar de para ayudar e impulsar.

El año pasado un joven que fue mi estudiante de Doctorado y que regresó de una estancia de 3 años como Posdoctorado en USA, me mandó un e-mail que decía, palabras más, palabras menos, así: “quiero informarle que me contrataron como Investigador Titular en la Universidad Veracruzana y quiero decirle que me tomó 9 meses lograr conseguir chamba y me acordé que usted me platicó que cuando regresó de su Doctorado, le había tomado 9 meses conseguir su primera chamba de investigador”. La mía en aquel 1971 no me gustó, pero fue la que pude tomar, ojalá que mi alumno si se acomode en la suya.

Platicó esta anécdota, porque habiendo pasado 35 años, la situación para la mayoría de los jóvenes científicos es idéntica hoy a la que prevalecía antes, lo que nos indica que el país nunca ha tenido una política científica, las universidades públicas están, si no muchas de ellas en abandono, ciertamente con carencias graves y no se percibe que la clase política le interese mayormente el corregir las graves carencias de una de las actividades de mayor trascendencia para impulsar a México para que éste pueda ser un mejor país y sobre todo, uno con mayor equidad social y económica. La clase política está inmersa en escándalos realmente escandalosos y en discursos de un bajísimo nivel y en lo que se refiere a la carrera hacia la

presidencia, sólo se manifiestan descalificaciones sobre todo al que va ganando. No escuchamos cuáles serán las estrategias que se usarán para lograr un México más justo y más competitivo para que puedan existir mejores condiciones de vida para los mexicanos, y en lo que respecta a la ciencia, para que todos estos jóvenes que hacen el esfuerzo de prepararse para contribuir al desarrollo de las universidades y de la nación, tengan la posibilidad de demostrar que lo que hacen es inmensamente más importante que lo que mal hacen los políticos que hoy día supuestamente conducen al país. Es imperativo que México cambie de rumbo y cómo va el proceso electoral, el sol cada día ilumina más ese camino.

No podría terminar sin señalar que en los últimos casi veinte años, nada de lo que pude hacer (poco o mucho) lo hubiera logrado si no fuera por tener de compañera a mi actual mujer, la Dra. Elizabeth Chamlati Aguirre y en los últimos 15 años a mi maravillosa hija Ana Laura, quien junto con mis otras hijas Mariana, Mónica y Lorena, me han impulsado a procurar ser el mejor ejemplo posible.

Gracias

René Raúl Drucker Colín